

TEOLOGÍA
FEMINISTA
A TRES VOCES

Teología feminista a tres voces

©Virginia R. Azcuy · Nancy E. Bedford · Mercedes L. García Bachmann

©Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 · Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl · 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile
Primera edición de 400 ejemplares, septiembre de 2016

ISBN libro impreso: 978-956-357-079-3
ISBN libro digital: 978-956-357-080-9
Registro de propiedad intelectual N° 267.857

Este es el décimo séptimo tomo de la colección Teología de los tiempos

Este texto fue sometido al sistema de referato ciego

Impreso por C y C impresores

Colección Teología de los tiempos

Dirección Colección Teología de los tiempos: Carlos Schickendantz

Dirección editorial: Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva: Beatriz García-Huidobro

Diseño de la colección: Gabriel Valdés E.

Diagramación interior: Alejandra Norambuena

Fotografía portada: “Nidia, la muchacha ciega de Pompeya”,
escultura de Randolph Rogers



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

TEOLOGÍA FEMINISTA A TRES VOCES

**VIRGINIA R. AZCUY · NANCY E. BEDFORD ·
MERCEDES L. GARCÍA BACHMANN**



UNIVERSIDAD
ALBERTO HURTADO

CENTRO TEOLÓGICO MANUEL LARRAÍN

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

“Una cuerda de tres hilos” (Eclesiastés 4, 12)

Nuestras teologías feministas nos reúnen

Virginia R. Azcuy · Nancy E. Bedford · Mercedes L. García

Bachmann 9

PRIMERA PARTE

I. Leer el Antiguo Testamento en clave feminista

Mapas sobre teólogas biblistas feministas en América Latina

Mercedes L. García Bachmann 39

II. Para entender el papel de la profetisa Miriam

La construcción simbólica del “castigo” en Números 11-12

Mercedes L. García Bachmann 65

III. Los banquetes en Ester

¿Propaganda patriarcal y colonialista?

Mercedes L. García Bachmann 103

SEGUNDA PARTE

IV. Una expresión de un signo de estos tiempos

Mapas de teología feminista cristiana

Virginia Raquel Azcuy 133

V. La Iglesia en voces de mujeres	
Mapas y claves para una eclesiología inclusiva	
<i>Virginia Raquel Azcuy</i>	171

VI. Hablar rectamente de María	
Mapas y perspectivas de mariología feminista	
<i>Virginia Raquel Azcuy</i>	209

TERCERA PARTE

VII. A la sombra de la palmera de Débora:	
hacia una antropología teológica desde <i>Nepantla</i>	
<i>Nancy Elizabeth Bedford</i>	253

VIII. La subjetividad teológica en movimiento:	
reflexiones desde una teología feminista en la migración	
<i>Nancy Elizabeth Bedford</i>	277

IX. De cara al feminicidio:	
un camino crítico de resistencia no-violenta	
para la antropología teológica	
<i>Nancy Elizabeth Bedford</i>	317

BIBLIOGRAFÍA	349
---------------------------	-----

SIGLAS Y ABREVIATURAS	355
------------------------------------	-----

ÍNDICE GENERAL	357
-----------------------------	-----

INTRODUCCIÓN

“UNA CUERDA DE TRES HILOS” (ECLESIASTÉS 4, 12)
NUESTRAS TEOLOGÍAS FEMINISTAS NOS REÚNEN

VIRGINIA R. AZCUY · NANCY E. BEDFORD ·
MERCEDES L. GARCÍA BACHMANN

La perspectiva biográfica de esta introducción comparte un estilo frecuente de hacer teología entre las mujeres y es el camino elegido por las autoras para compartir algunas claves principales que puedan servir para leer esta obra conjunta: misión compartida, Buena Nueva de liberación, espiritualidad, feminismo, martirio y migración. “Una cuerda de tres hilos” quiere simbolizar la apasionante vocación al feminismo teológico que las ha reunido en un común compromiso de fe.

Cuando las autoras nos comunicamos para intercambiar sobre la introducción de este libro, la primera idea fue seguir una perspectiva biográfica que sirviera para presentarnos y ayudara al lector o la lectora a conocer el contexto de nuestras teologías. A una le pareció que lo común de los diversos aportes de cada una era el feminismo teológico y que ello debía aparecer en el título; esto evocó a otra de nosotras la memoria del pasaje de Eclesiastés 4: 12 que habla de “una cuerda de tres hilos” que no se rompe fácilmente y pensó

que algo así era nuestra colaboración. Entonces solo quedaba reunir estas ideas para darle forma a la propuesta y presentar lo que motiva esta publicación: más allá o más acá de nuestras diferencias, *un feminismo teológico nos reúne*¹.

UNA MISIÓN COMPARTIDA AL SERVICIO DE LA BUENA NUEVA DE LIBERACIÓN

Me llamo Mercedes L. García Bachmann, nací en 1963 y me crié en la ciudad de Tandil, en la provincia de Buenos Aires, Argentina. Mi padre es católico-romano y mi madre es luterana y tanto mis hermanos como yo fuimos bautizados en la Iglesia Luterana. Mi camino teológico comenzó, sin que yo lo supiera entonces, cuando la Congregación Protestante del Tandil², donde me confirmé, nos abrió espacios de participación y responsabilidad a los y las adolescentes y jóvenes.

En el año 1981, inicié mis estudios de teología en el Isedet³, sin saber si podría ser pastora, ya que todavía no se había llegado a la decisión de ordenar mujeres para el Ministerio de la Palabra y los Sacramentos. Era un tema en discusión en diversos ámbitos dentro de la Iglesia Evangélica Luterana Unida, que tiene un sistema de decisión colegiado, basado sobre las comunidades y los clérigos. Finalmente, en su Asamblea General del año 1981 aprobó por amplia mayoría la ordenación femenina al Ministerio.

Algo que quiero destacar en este aspecto, es que siempre sentí que los caminos se me iban abriendo solos. Nunca tuve que luchar como otras personas para lograr algo: antes de terminar mi primer año de estudio ya estaba abierta la posibilidad de ser pastora. Las cosas casi siempre se dieron así en mi carrera, sin necesidad de luchar, sin encontrar

grandes piedras en el camino. No lo digo para presumir, ya que no ha dependido de mí.

Hice los estudios correspondientes a una licenciatura en el Isedet y más tarde, después de varios años de trabajo en diversas parroquias, la maestría y el doctorado los realicé en una facultad luterana en los EE.UU. La tesina de licenciatura tuvo como tema la oración de Salomón en la dedicación del templo en 1 Reyes 8. Me dirigieron Severino Croatto y Alberto Ricciardi, que eran profesores de Antiguo Testamento en el Isedet. Ellos eran totalmente opuestos en sus metodologías: a Ricciardi le gustaba trabajar mucho con los métodos histórico-críticos, era muy detallista y le daba mucha atención a la crítica retórica, de qué manera están armadas las oraciones, qué quieren decir de esta manera, etc. Severino Croatto complementaba los métodos histórico-críticos con el estructuralismo —de moda en la década de 1980— y con otros elementos hermenéuticos. Si bien ambos eran muy diferentes en su acercamiento a los textos bíblicos, para mí fueron grandes maestros. Realmente puedo decir que en esta etapa se dio un proceso de aprendizaje muy enriquecedor.

Terminada la licenciatura, hice las prácticas pastorales necesarias para la ordenación (“vicariato”) en la Congregación San Pedro, de Posadas, con el Pastor Luis Álvarez Figueroa. Y en diciembre de 1986 fui ordenada para el ministerio de la Palabra y los sacramentos en la Iglesia Evangélica Luterana Unida (IELU). A partir de entonces, trabajé mucho en diversas congregaciones, hasta volver a estudiar.

Comencé mis estudios de postgrado en 1994, gracias al aval de mi Iglesia y a becas de la Federación Luterana Mundial y de la *Evangelical Lutheran Church in America*. Tengo recuerdos muy gratos de mucha gente, en particular diferentes docentes y perspectivas, con quienes, en mayor o

menor medida, aún mantengo contacto. Para mí también fue muy importante que por primera vez tuviera profesoras en áreas importantes de la teología, como Antiguo y Nuevo Testamento, liturgia feminista y otras. Debo decir, sin embargo, que ya anteriormente había sido acusada de ser feminista por algunos colegas, cuando aún no tenía el marco conceptual que los estudios posteriores me han ido dando. Y hablando de estudios posteriores, me gustaría enfatizar el espacio del Foro de Teología y Género que funcionó en Isedet durante más de una década y que comenzó mi colega y amiga, también autora de este libro, Nancy Bedford. Fue un espacio interdisciplinario, ecuménico, crítico y productivo, del que nos enorgullecemos sus participantes.

El título de mi tesis doctoral fue “*Mujercitas*”. *Ubicación socio-histórica de las trabajadoras en la Historia Deuteronomista*⁴. Me pareció muy importante rescatar socialmente a las mujeres pobres de la Biblia. Yo quería ver quiénes eran las personas pobres —por el contexto latinoamericano del cual venía—, pero no buscando los términos de pobres, sino a partir de profesiones u oficios. Esta fue una tarea muy ardua, porque no hay mucho material sobre esto. Me pasé un año leyendo sobre mujeres, economía antigua, sobre la Biblia, antropología y tratando de aprovechar los conocimientos de mis amigas para confeccionar una lista lo más completa posible de oficios que aparecieran en el AT. Me leí varias veces toda la Biblia buscando términos en inglés o en castellano, que después buscaba en hebreo. También me llevó mucho tiempo la parte metodológica y la elección de los textos a estudiar en detalle. Finalmente, cuando pensé que ya no sabía cuánto tiempo más iba a poder resistir tanto esfuerzo contra reloj ¡la tesis estaba terminada! En la mesa examinadora fue muy valiosa la presencia de Phyllis Bird⁵,

quien ha publicado material muy importante relacionado con las mujeres en la Biblia, que ha sido relevado y reflexionado en nuestro ámbito.

Cuando terminé mis estudios en EE.UU., regresé a la Argentina y comencé a enseñar en la misma facultad de teología donde había estudiado, el Isedet. Empecé como docente invitada y de a poco fui subiendo de categoría, hasta llegar a docente titular con dedicación exclusiva a partir del año 2004. También fui Decana durante cuatro años y Directora de Postgrado durante otros ocho años. A lo largo de estos años he dictado materias introductorias de Biblia, hebreo bíblico en todos los niveles —y en diversas universidades y centros de estudio además de Isedet—, exégesis de Pentateuco y Literatura Sapiencial, Teologías Bíblicas y otras asignaturas. He descubierto que no solamente me gusta enseñar, sino que también da ocasión para la interacción pastoral, que siempre me gustó. Como creo que nos pasa en todos lados, a lo largo de estos más de quince años he conocido a una gran cantidad de estudiantes, mujeres y varones, evangélicos/as, católicas/os, judíos y otros no ligados a ninguna iglesia; unos buenos y otros no tanto; buenos/as estudiantes y otros/as que tratan de avanzar poniéndole el mínimo esfuerzo posible y he escuchado toda clase de excusas, así como preguntas muy profundas. Además, he interactuado con diversos grupos de estudiantes de la Biblia, desde comunidades de religiosas católicas hasta aborígenes evangélicos/as. He enseñado mucho y he aprendido más aún.

También he descubierto que me gusta escribir, a pesar de que aquí el diálogo se dé más con amigos muertos —los libros— que con amistades vivas. Aun así, hay toda una comunidad de amantes de los libros que no me deja sola en este amor: desde colegas —como las dos con quienes

comparto este libro— hasta editores/as, revisores/as y, por supuesto, lectoras/es. Como es lógico, algunos artículos me gustan más que otros. Los tres artículos presentados aquí son de índole muy diversa, pero en todos se puede detectar el propósito de mostrar cómo se pueden trabajar textos bíblicos con un enfoque de género. El primer capítulo de mi autoría en este libro es una traducción de un artículo que me solicitaron, para exponer el mundo de autoras bíblicas vetero-testamentarias feministas latinoamericanas. Dado que no es sencillo, aun con internet, compilar bibliografías de posibles candidatas a esta categoría, nos ha parecido valioso poder compartirlo —como capítulo I— por primera vez en castellano⁶. Las mujeres allí individualizadas son algunas de estas amigas vivas con quienes comparto el ministerio de la proclamación de la Palabra mediante una lectura crítica, feminista y liberadora. Pero también tengo otras amigas teólogas, compañeras de ruta con quienes tengo afinidades más allá de las diferencias que se pueden percibir en nuestros métodos, filiaciones eclesiales, nacionalidad o áreas de especialización. A modo de ejemplo, en esta ocasión solamente referiré a la lectora y al lector más abajo, a la mención que Virginia Azcuy hace del Programa de Estudios, Investigaciones y Publicaciones Teologanda.

El capítulo II, dedicado a la profetisa Miriam, es el más antiguo de los tres y sigue siendo uno de mis preferidos. Allí pude luchar junto a Miriam contra las restricciones patriarcales que la recluyen; sentir su dolor ante la injusticia de que solamente ella fuese castigada y entender también por qué dichos mecanismos de exclusión siguen siendo tan atractivos en nuestras sociedades e iglesias. Entiendo mi ministerio como parte de un diálogo muy amplio, con mujeres y varones del continente, con una misión compartida de

ofrecer herramientas para un pueblo que busca en la Biblia la Buena Nueva de liberación.

El capítulo III —también de mi autoría en este libro—, “Los Banquetes en Ester”, es una versión casi totalmente revisada de un pequeño artículo escrito en homenaje a una querida colega alemana, Marie-Theres Wacker, quien fue mi anfitriona durante mi sabático en el año 2010 en Münster, Alemania, y con quien compartí el dictado de una clase semestral. Pero el origen del tema de los banquetes no está en aquel curso en Alemania, sino en una clase de teologías bíblicas que enseñé durante varios años en el Instituto Universitario Isedet, en la que leímos y analizamos textos en los cuales los alimentos y las bebidas juegan un papel importante, sea por su abundancia, escasez, valor económico, espacio de comunión u otra razón. En estas clases descubrimos varios banquetes que terminan en muerte —como ha señalado Nicole Duran—, pero también otros mecanismos paralelos, como la alternancia de comidas para vida y para muerte en Marcos⁷. A los efectos de poder limitar el tema al espacio disponible, en esta oportunidad me contenté con explorar los diez banquetes del libro de Ester como vehículos simbólicos para ejercer el poder patriarcal —que en esta historia está ligado al poder imperial.

POR EL BAUTISMO A UNA TEOLOGÍA EN LAS ENCRUCIJADAS DEL TIEMPO PRESENTE

Mi nombre es Virginia Raquel Azcuy. Nací el 24 de agosto de 1961 y soy la segunda de cuatro hermanos, la única mujer. Mis padres, Carlos L. Azcuy y Raquel E. Romano, me han dado la vida y la vocación docente entre otras cosas.

Como ellos no son practicantes, no he recibido la educación religiosa de mi familia, pero fueron mis padres quienes me propusieron —por referencias— hacer mi formación en un colegio católico y así fue posible mi acceso a la fe cristiana. Recibí el bautismo a los 13 años de edad, hecho que marcaría mi vida y mi vocación teológica.

Al finalizar el secundario, se fundieron en mí el llamado a la vida consagrada y la vocación teológica: la inquietud de consagrarme a Dios y estudiar teología eran dos pasiones que brotaban de la misma fuente. La elección de teología entre otras carreras respondió inicialmente a una motivación espiritual, que prevaleció claramente sobre el interés por la filosofía surgido al leer la *Introducción al pensamiento filosófico* de Héctor Mandrioni en el último año del bachillerato.

En 1980, inicié los estudios en la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina. Habíamos empezado unos ciento veinte estudiantes provenientes de distintas diócesis y familias religiosas, de los cuales solo la mitad terminamos el ciclo básico; entre ellos estábamos siete mujeres, dos religiosas y cinco laicas, con quienes en general coincidíamos para preparar materias juntas. Debo decir que, en aquel tiempo, estudiar teología era sacrificado para mí, porque trabajaba a la mañana como catequista en colegios secundarios y cursaba en el turno vespertino volviendo muy tarde de noche a casa. Pero realmente ¡ha valido tanto la pena!

De toda la cursada, escuchar a Lucio Gera durante las clases de eclesiología en 1984 fue lo más impactante para mí. Su estilo sapiencial realmente me cautivó y decidí prestarle mucha atención. Mi vinculación con él, con el tiempo, se hizo más cercana y llegó a dejar una huella muy honda en mi itinerario vital y teológico; esto explica que, recientemente, haya sido editora de una selección de sus

escritos sobre *teología argentina del pueblo* en esta misma colección⁸.

La formación básica del bachillerato teológico se fue ensanchando en las etapas que siguieron, sobre todo en lo relativo a la teología contemporánea y sus grandes autores de referencia. Al iniciar la licenciatura en 1986 era el tiempo en que se debatía sobre las teologías latinoamericanas de la liberación y la oportunidad de colaborar como becaria en un grupo de reflexión integrado por L. Gera, J. C. Scannone, G. Farrell, C. Galli y otros, me permitió ingresar con más profundidad en esta temática⁹. En este contexto, elegí como tema de tesina *Los pobres como sacramento de Cristo en el pensamiento de Ignacio Ellacuría*. El fin de esta etapa estuvo cimentado por un hecho singular que fue el martirio de Ellacuría, sus hermanos de comunidad y las dos mujeres que trabajaban en la residencia universitaria el 16 de noviembre de 1989; si bien en las etapas que siguieron se abrieron otros temas, la solidaridad afectiva y teológica con los pobres sería un interés constante¹⁰.

Cuando me propuse definir un tema de doctorado, luego de un tiempo de búsqueda, me dejé inspirar por el programa “teología y santidad” de Hans Urs von Balthasar y sobre todo por su monografía: *Teresa de Lisieux. Historia de una misión*¹¹. Mi devoción a esta santa había comenzado prácticamente con mi vocación teológica. Cuando avancé en la lectura y en la viabilidad del proyecto de tesis me di cuenta que la espiritualidad era un ámbito de preferencia para mí. Algunos no entendieron cómo podía transitar de un tema social como la pobreza y los pobres a un tema espiritual como la vida y los escritos de los santos, pero yo encontré ecos profundos en la nueva perspectiva —quizás los que unen seguimiento, santidad y martirio en la tradición cristiana.

La decisión del doctorado estuvo ligada a las oportunidades concretas que se me fueron presentando y a algunas inquietudes más personales. Por un lado, me pareció entender que era una cuestión de generosidad, que tenía que intentarlo si se daba la posibilidad de irme a Alemania; esta elección se fortaleció al pensar que sería muy difícil para mí escribir una tesis permaneciendo en el país, dada la situación económica y laboral que debía afrontar como laica. Por medio de una beca del Intercambio Cultural Alemán Latinoamericano (Icala), fue posible hacer una estadía de tres años en Tübingen, Alemania. En esa etapa conocí a Nancy Bedford —amiga y coautora en este libro— en el círculo de becarios latinoamericanos, con quien luego compartiríamos momentos significativos de teología y docencia al regresar a la Argentina. También en estos años retomé mi contacto con Margit Eckholt —a quien conocía desde 1990— y con quien se consolidó una amistad vinculada a una perspectiva de intercambio teológico internacional que continúa hasta el presente a través de la red del Icala y del colectivo de Agenda, Foro de Teólogas Católicas Alemanas.

En ese tiempo, además del intercambio epistolar con Gera, participé de los coloquios de doctorandos bajo la dirección de Peter Hünermann —profesor tutor durante mi beca— y recibí una valiosa ayuda para avanzar en la concepción y la redacción de la tesis. Las ventajas de las bibliotecas, las lecturas en profundidad y los contactos que fui realizando a lo largo de esos años resultaron decisivos para el progreso de mi reflexión. Mi contacto con teólogas alemanas pioneras o profesoras de segunda o tercera generación no se dio en esos años, en los cuales me dediqué casi con exclusividad a la investigación doctoral. Como excepción, quisiera hacer una mención especial de Hanna-Barbara Gerl-Falkovitz —discípula

de Romano Guardini y profesora en el área de Filosofía de la Religión—, cuya capacidad de oratoria me resultó realmente inspiradora. Hasta ese entonces, no recuerdo haberme impactado por una mujer intelectual en temas religiosos.

El tema de mi tesis, *La figura de Teresa de Lisieux. Ensayo de fenomenología teológica según Hans Urs von Balthasar*, me impulsó al encuentro con interlocutores provenientes de dos mundos diversos. En 1993 viajé por primera vez a Lisieux y pude hablar de mi proyecto doctoral con Guy Gaucher, uno de los responsables de la edición crítica de las obras completas de la santa y en 1994, en otra peregrinación a esta misma ciudad, conocí al teresianista Conrad De Meester y pude conversar largamente con él sobre mi investigación. Para ver a otros especialistas como François-Marie Léthel, así como para consultar estudios y revistas específicas, trabajé en la biblioteca del “Teresianum” en Roma en más de una oportunidad. Estos vínculos se mantuvieron vivos y me hicieron volver inesperadamente a Lisieux, Toulouse y Roma con motivo de las celebraciones del centenario teresiano en 1996 y 1997, y con ocasión de la canonización de Edith Stein en 1998.

También frecuenté el círculo de Balthasar, sobre todo a partir de simposios, entrevistas de estudio y sucesivas visitas a la “Casa Balthasar” en Basilea, Suiza. Esta familiaridad con el carisma de la “Comunidad San Juan” me movilizó mucho en relación con su proyecto editorial; fue la primera vez que pensaba la teología más allá de la docencia y eso me abrió el horizonte.

Regresé de Tübingen a fines de 1995 y defendí mi tesis en noviembre de 1996 en la Facultad de Teología de la UCA¹². Desde 1997 empezó “la acción”, en gran parte desencadenada por la confluencia del centenario de la

muerte de Teresa de Lisieux, su proclamación como doctora de la Iglesia y el tema de mi tesis doctoral, que hizo posible la designación como profesora adjunta en la cátedra de “Teología Espiritual” de la Facultad de la UCA desde 1996 y luego como titular a partir de 2003. Un descubrimiento importante de este tiempo, que había empezado a aflorar mientras avanzaba en el doctorado, fue darme cuenta que me gustaba escribir y editar. Como coronación de esta etapa y al cumplir cuarenta años, solicité a mi obispo, por entonces el Card. Jorge M. Bergoglio SJ —hoy Francisco, el obispo de Roma—, ser consagrada públicamente en la arquidiócesis de Buenos Aires según el Ritual del *Ordo Virginum*. Por el camino vocacional que he recorrido desde mi bautismo, creo que la teología espiritual es para mí algo más que una disciplina teológica; se trata de un modo de hacer teología que subraya la mutua fecundación entre teología y biografía, lo que me invita a seguir bebiendo de las experiencias cristianas, de diversas maneras¹³.

Otro espacio configurador de esta primera década que siguió al doctorado está relacionado con la confluencia de la teología y mi existencia de mujer. En 1998 comenzamos a reunirnos un pequeño grupo de teólogas amigas —entre quienes se encontraban Nancy Bedford, Mercedes García Bachmann y otras dos católicas: Marcela Mazzini y Gabriela Di Renzo—; la excusa fue la preparación de un número monográfico para la revista *Proyecto*, que se editó 2001 con el título *El lugar teológico de las mujeres*. De allí nacieron otras experiencias como un *Taller de Teología y Biografía* para un grupo de mujeres estudiantes, animado con Marcela Mazzini. Y como fruto de la amistad compartida con Nancy Bedford y Mercedes García Bachmann, algunas nos acercamos a participar del *Foro de Teología y Género* del

Instituto Universitario Isedet, un espacio que nos ayudó especialmente a introducirnos en los estudios de género. En el 2002, me invitaron a exponer sobre la situación de las teólogas argentinas en la universidad, en una Jornada de estudio con teólogas alemanas y latinoamericanas; esta ocasión me dio que pensar y propuse a mis compañeras hacer una convocatoria abierta a teólogas a formar parte de un proyecto grupal. En este contexto, en el año 2003, nació el colectivo teológico “Teologanda”, en alusión a la nueva realidad de *mujeres haciendo teologías* y luego se conformó como Programa de Estudios¹⁴. Junto a estos nuevos ámbitos, no faltaron los emprendimientos teológicos compartidos con colegas varones, en actividades de la Sociedad de Teología Argentina y en el campo de las publicaciones¹⁵. Sin embargo, la novedad del encuentro entre teólogas ocupó rápidamente el centro de atención de varias de nosotras. Para mí, tuvo la fuerza de un llamado y, en esos años, se fue configurando en mí y en otras una opción por las teólogas en formación; mi esperanza fue y es que también las instituciones teológicas comprendan la prioridad de esta promoción académica.

El primer proyecto de investigación grupal de Teologanda fue sobre “El itinerario de las mujeres en la teología en América Latina, el Caribe y EE.UU.” (2003-2005); durante su desarrollo fui haciendo mis incursiones en la teología feminista norteamericana —en razón de mis conocimientos de inglés—, sobre todo desde el área de dogmática. Desde este cuadro, que luego se fue ampliando hacia otros contextos en relación con mis intereses, reescribí el capítulo cuarto de este libro con el tema de mapas sobre teología feminista cristiana¹⁶. Este proyecto me ha permitido descubrir los aportes pioneros de autoras feministas de diferentes contextos, denominaciones religiosas y posiciones teológicas

como Letty M. Russell, Rebecca Chopp, Elizabeth Johnson y Ada María Isasi-Díaz y Sandra Schneiders, entre otras. El tema de la Iglesia estuvo casi siempre en el área de mis estudios y mi docencia, sobre todo luego de mi doctorado, cuando comencé el dictado del curso de Lectura de Textos del Concilio Vaticano II y a colaborar como adjunta en el de Eclesiología, en la Facultad de Teología de la UCA. También fue un tema que se repitió en mis publicaciones, sobre todo en este último tiempo, por cumplirse los 50 años del Concilio Vaticano II¹⁷. Por esta razón, propuse como capítulo quinto “La Iglesia en voces de mujeres: un panorama de eclesiología feminista y de la investigación teológica de las mujeres”¹⁸. Otro tratado que he enseñado con frecuencia y con mucho gusto en las últimas dos décadas ha sido el de mariología, por lo cual elegí como capítulo sexto una propuesta de panorama sobre mariología feminista con el título “Hablar rectamente de María”, haciéndome eco de la perspectiva teológica fundamental de Elizabeth A. Johnson¹⁹.

A todo lo dicho falta añadir que, desde 2010, fui convocada a incorporarme como investigadora en el Centro Teológico Manuel Larraín —de la Universidad Católica de Chile y la Universidad Alberto Hurtado—, donde me desempeño como directora del Programa Teología de los signos de los tiempos que intenta profundizar en la teología como interpretación de la historia. El cruce frecuente de frontera me acerca —al menos en alguna medida— al fenómeno de la movilidad humana que tanto afecta a la aldea global que habitamos y me hace pensar en la necesidad de una teología que sepa alternar entre lo local, lo regional y lo continental. Finalmente, la ocasión de este libro me permite expresar algo que pienso hace tiempo y es que la teología feminista cristiana es una respuesta contundente al signo de estos tiempos

constituido por la dignidad de las mujeres. A las teólogas feministas nos corresponde discernir este “signo de época permanente”²⁰ y responder a él reconociendo y actuando la dignidad de la subjetividad bautismal que hemos recibido.

TEOLOGÍA POR EL SEGUIMIENTO DE JESÚS EN LA MIGRACIÓN

Me llamo Nancy Elizabeth Bedford. Nací el 2 de junio de 1962, en Comodoro Rivadavia, provincia de Chubut. Mis padres, Benjamín Bedford y Lanell Watson, hacía diez años que vivían en la Argentina como misioneros bautistas de origen norteamericano. Para mis padres, la inculturación del evangelio pasaba también por permitir que sus hijos fuéramos “argentinos hasta la médula”. Así fue que crecimos con un profundo amor por la tierra que nos vio nacer y por su gente, sin negar la historia familiar un tanto inusual por las raíces norteamericanas. El trabajo de mis padres nos llevó a mudarnos numerosas veces, de acuerdo a las necesidades de las iglesias. Así es que mis primeros recuerdos tienen una variada geografía urbana: las calles empedradas de Adrogué, juntar luciérnagas en San Francisco Solano, ir al jardín de infantes en botas de goma por las veredas inundadas de Ramos Mejía y escuchar un mar de autos desde el balcón de un departamento del borgeano barrio de Balvanera —a dos o tres cuadras de la clínica donde más tarde nacerían mis tres hijas—. Las pequeñas iglesias bautistas en las que me crié, primero en Buenos Aires y luego en la provincia de Córdoba, tuvieron una profunda influencia en mi formación. En general eran comunidades que recién se estaban gestando y había en ellas muchas oportunidades para participar y desarrollar

un pensamiento propio, pues la eclesiología horizontal permitía que las personas jóvenes y las mujeres tuviéramos espacios importantes de protagonismo. Así fue que viví en carne propia desde chica el “teologado de todos los cristianos y las cristianas” como corolario del énfasis evangélico sobre el “sacerdocio de todos los y las creyentes” (1 Pe 2:9).

Cuando era adolescente, luego de una larga charla de sobremesa con los parientes de una amiga, su tío agnóstico e irónico me dijo, socarronamente: “Vas a ser teóloga”. A mí me pareció un absurdo. Quería ser periodista, mientras que mis profesores del secundario consideraban que debía ser abogada. No quería repetir los esquemas familiares, sino trabajar en el mundo secular, sin dejar de lado el compromiso de fe. Sin embargo, con el tiempo vi que aquel profeta ateo tenía razón: luego de estudiar ciencias de la comunicación y de un período de discernimiento me volqué de todo corazón a la teología. En el seminario mis compañeros (casi todos varones) en general querían ser pastores. En cambio, yo insistí desde el principio que mi llamado era a ser teóloga (no pastora ni esposa de pastor), aunque no tenía profesoras mujeres y pasaron muchos años hasta que al fin pude conocer algunas teólogas.

En el Seminario Bautista donde estudié, que quedaba en Texas, como parte de un trabajo de investigación para una materia de ética teológica, me vinculé con el movimiento de Santuario. Se trataba de una red de iglesias y de personas de fe que cobijaban y protegían de la deportación a refugiados centroamericanos, sobre todo salvadoreños, que en la década de los 1980 estaban tratando de escapar de la represión y la violencia. El gobierno estadounidense no los reconocía como refugiados políticos porque hacerlo hubiera significado admitir la injerencia norteamericana en América Central.

Comencé a acompañar a estos refugiados para servirles de intérprete cuando iban de iglesia en iglesia dando testimonio de lo que habían sufrido. La mayoría eran campesinos; alguno que otro había luchado en la guerrilla e intentaba desarticular mi incipiente compromiso con la resistencia no violenta, que crecía a medida que indagaba en las posturas de quienes reconocía como mis ancestros teológicos y eclesiales, los grupos pacifistas de la Reforma Radical del siglo XVI. Fueron los refugiados salvadoreños y no mis profesores de teología los que me hicieron conocer la teología de la liberación latinoamericana. Gracias a ellos leí primero *El Evangelio en Solentiname* de Ernesto Cardenal y luego *Jesús en América Latina* de Jon Sobrino. Gracias a ellos también comencé a vincularme de manera práctica con el ecumenismo, pues la red de Santuario era amplia y congregaba a todo tipo de personas. En una de las reuniones vislumbré por primera vez una mujer vestida de sotana y cuello clerical, cosa que me asombró: era una pastora episcopal. Mientras tanto, iba conociendo también a religiosas católicas “de civil”, luchadoras férreas por los derechos humanos.

Al terminar los estudios en el Seminario en 1987, volví a la Argentina. Mis padres estaban en la ciudad de Córdoba, y mi hermana (ya casada y con tres hijos) estaba en Villa Giardino; me encaminé a Córdoba para enseñar en el Instituto Teológico Bautista y para “probar” la vocación de teóloga en la docencia y en el trabajo con jóvenes universitarios en la Primera Iglesia Bautista de Córdoba. Estuve allí durante un año y medio, durante el cual recibí la confirmación de que Moltmann estaba dispuesto a trabajar conmigo. En abril de 1989, conocí a Daniel Stutz, un abogado cordobés que también tenía planes de hacer un postgrado en Alemania. Nos fijamos en un mapa del Instituto Goethe,

donde los dos estudiábamos alemán, y comprobamos que Tübingen no estaba muy lejos de Freiburg, donde Daniel quería estudiar. Pronto nos habíamos puesto de novios. Pocos meses después, en septiembre, llegué a Tübingen, justo antes de la caída del muro de Berlín.

Los cinco años que pasé en Alemania fueron importantes desde muchos puntos de vista. Era la primera vez que vivía en una cultura que no fuera ni la argentina ni la estadounidense. Eso me permitió observar “desde afuera” las dos principales influencias culturales que me habían formado. A su vez, el estilo académico riguroso y profundo de los alemanes me fue dando una mayor autonomía y seguridad frente a las fuentes teológicas. Jürgen Moltmann fue un mentor a la vez exigente y accesible²¹. Mi tema de investigación fue la cristología de Jon Sobrino, lo que me permitió profundizar en varios frentes que me interesaban: la teología de la cruz, la cristología del mismo Moltmann y la teología latinoamericana de la liberación, tanto protestante como católica. Mi hipótesis de trabajo era que la cristología del seguimiento y del martirio de Sobrino manifestaba puntos de contacto con la cristología de la Reforma Radical, lo que me permitía encontrar un punto de confluencia entre la lectura de mi propia tradición anabautista²² y la cristología latinoamericana católica. La concepción del (pro) seguimiento de Jesús en el Espíritu como confesión de fe y como vía de acceso epistemológica, que descubrí tanto en Sobrino como en los anabautistas, me resultó especialmente luminosa. En Tübingen, además, como había un buen número de teólogos latinoamericanos, cada tanto organizábamos reuniones. Un buen día, me enteré que había llegado una teóloga de Buenos Aires: Virginia Azcuy, quien pronto se convirtió en amiga y compañera de camino. A través de ella pude comenzar a ver

de manera más profunda el mundo de la teología católica pero también (sobre todo) de la espiritualidad católica. Uno de nuestros temas persistentes de conversación —sobre todo al regresar a la Argentina— fue la realidad de hacer teología como mujeres, hecho que fuimos abordando desde distintos ángulos.

Luego de casarnos en 1994, en julio de 1995 llegamos con mi esposo Daniel a Buenos Aires, casi sin recursos, pero con muchas expectativas. Gracias al apoyo de Moltmann y de José Míguez Bonino, había recibido una invitación a dictar algunas materias en el Isedet como profesora visitante. También me habían ofrecido un lugar para vivir en el Seminario Bautista a cambio de enseñar algunos cursos como profesora adjunta. Si bien este Seminario me resultaba más familiar (en mi infancia mi madre había sido bibliotecaria de la casa, y mi padre profesor), fue en el ambiente protestante ecuménico del Isedet donde encontré un hogar espiritual en el cual me sentí muy a gusto y donde estaban dadas las condiciones académicas y materiales para seguir creciendo como teóloga. En Isedet, el diálogo con mis colegas y con los estudiantes me resultó estimulante y la biblioteca me sorprendió con sus inesperados tesoros. Una de las primeras tareas que se me encargaron fue que me compenetrara con lo que en ese momento se llamaba la “Cátedra de la Mujer” y que luego se fue transformando en el Foro de Teología y Género²³. Alentada por las pastoras evangélicas del *Encuentro de Pastoras y Teólogas del Río de la Plata*, exigida por las preguntas de las estudiantes que querían profundizar una teología que respondiera a sus inquietudes como mujeres y compelida por mi crecimiento teológico, me fui empapando con la teoría y la teología feministas²⁴. Un hecho en particular sirvió como momento de radicalización en este sentido: el nacimiento de

nuestra hija mayor Valeria en agosto de 1996. La vivencia de la materialidad del rol de madre, con las complicaciones, pero también las riquezas que implica para el ejercicio de la teología, requería una fortaleza espiritual particular que me llevó a indagar más profundamente en la pneumatología²⁵. Por otra parte, descubrí que necesitaba mediaciones teóricas para entender los roles de género construidos socialmente o por decirlo en palabras de Sobrino, para mantener la “honradez con lo real”. A los pocos años de mi llegada se sumó al Isedet Mercedes García Bachmann, con un doctorado en Biblia desde una perspectiva feminista, fortaleciendo el trabajo del Foro, en el cual pudimos constituir un seminario permanente multidisciplinario de investigación sobre teoría feminista²⁶. Paralelamente, comencé a reunirme con un grupo de teólogas convocado por Virginia Azcuy que incluía a M. García Bachmann, M. Mazzini y G. Di Renzo y que constituyó el núcleo desde el cual se configuró lo que después se llamó Teologanda.

Mientras tanto, nuestra pequeña familia iba creciendo y la vida se tornaba cada vez más compleja. En octubre del 2000 nacieron nuestras hijas Sofía y Carolina. Nuestra tría-da de hijas, con sus preguntas e inquietudes, constituye una de mis principales inspiraciones para la tarea teológica. Las conversaciones con ellas van cambiando a medida que crecen, pero nunca dejan de asombrarme y formarme. Gracias en parte a ellas, uno de los criterios que he desarrollado para distinguir la materialidad de una teología tóxica a la de una teología liberadora es precisamente observar cómo afecta la vida de las niñas y de las jóvenes. No participaría activamente en una comunidad eclesial que fuera nociva para mis hijas, por más que pareciera tener una teología dogmáticamente impecable. Esto no quiere decir que pida la perfección, sino

que creo que el bienestar de los y las vulnerables siempre tiene que ser un criterio central para la teología en la práctica, también en la que se expresa eclesialmente.

A partir del nacimiento de las gemelas, Daniel y yo comenzamos a experimentar la sensación de que una etapa estaba terminando y otra comenzaba, si bien todavía no sabíamos hacia dónde nos estaba empujando el Espíritu. Cuando me llegó la invitación para presentarme a la cátedra que dejaba vacante Rosemary Radford Ruether²⁷ al jubilarse del seminario metodista Garrett-Evangelical de Evanston (en las afueras de Chicago), respondí que no quería cortar los vínculos orgánicos que me unían a la Argentina. Para mi sorpresa, lo aceptaron y se esmeraron por ayudarme a buscar maneras concretas de hacer una teología en la migración, hablando de Dios “desde más de un lugar”²⁸. Querían una teóloga feminista, enraizada en la teología de la liberación, con una mirada teológica global y ecuménica, comprometida con la iglesia y estaban dispuestos a jugar-se por mí. Así fue que, a partir de enero de 2003, asumí la Cátedra Georgia Harkness de Teología Aplicada en el Seminario Garrett-Evangelical, nos mudamos a la zona de Chicago y Daniel comenzó a trabajar en una organización no-gubernamental, en la defensa de los derechos legales de migrantes y refugiados.

La etapa más reciente de mi camino me ha permitido comenzar a tomar en cuenta la realidad de los millones de migrantes latinas y latinos en Estados Unidos, así como de las teorías interculturales y de “frontera” que tratan de dar cuenta de su realidad y sus vinculaciones con América Latina. A su vez, la relativa cercanía de Chicago a México, Centroamérica, el Caribe y el norte de América del Sur me posibilitó afianzar nuevos lazos con la Patria Grande. Otra

de las grandes alegrías de los últimos años ha sido el encuentro con las tradiciones de pensamiento y acción enraizadas en la experiencia afro-descendiente en América del Norte. Como siempre, la comunidad de fe en la que me inserto junto a mi familia es nuestra congregación local, una iglesia anabautista-menonita con fuertes convicciones pacifistas, orientada contra-hegemónicamente al seguimiento de Jesús por el Espíritu en un contexto “babilónico” (es decir, en un espacio imperial). Allí formo parte del equipo de predicación. En mi producción escrita más reciente he prestado particular atención a la hermenéutica teológica y bíblica, la migración, la interculturalidad y la interseccionalidad —en particular los cruces entre las inequidades de género y clase con el racismo—. Una de mis grandes pasiones es la relectura de doctrinas tales como la cristología y la pneumatología desde una perspectiva crítica y constructiva que incorpore la razón poética y artística²⁹. Creo que nos debemos una mayor incorporación de la poesía, el arte y la música en nuestro quehacer teológico. El análisis feminista y las preguntas acerca de Dios que surgen de la lucha por la justicia me han resultado de gran ayuda en mi trayectoria como mujer y teóloga. Pero queda mucho por andar y por aprender.

En mis capítulos para este libro trato de compartir algo de lo aprendido, concentrándome sobre todo en el eje de la antropología teológica. En el capítulo VII describo algunos aspectos de la realidad de las latinas en Estados Unidos, utilizando como lugar teológico la metáfora de “Nepantla”, que significa un espacio intermedio a la vez desgarrador y lleno de posibilidades para la construcción de nuevas subjetividades. De allí paso, en el capítulo VIII, a la subjetividad teológica en movimiento y la idea de la ecología de una teología en la migración: una teología hecha por

migrantes que toma en cuenta la realidad de la migración. Las metáforas que tienen que ver con el lugar, las fronteras y el movimiento también son importantes para el capítulo IX, en el que investigo la posibilidad de un “camino crítico” para la teología que nos ayude a resistir de manera no-violenta a la lógica de la violencia contra las mujeres. Con esta tríada se completa una “cuerda de tres hilos” (Eclesiastés 4:12) que representa este libro de teología feminista a tres voces.

NUESTRAS TEOLOGÍAS FEMINISTAS NOS REÚNEN

La teología feminista cristiana surge de la percepción del feminismo contemporáneo como un desafío fundamental para el cristianismo, referido sobre todo a la dignidad de las mujeres y la plena humanidad de todos los seres humanos. Se trata, en cierto sentido, de la búsqueda de cómo hablar de Dios rectamente para impulsar relaciones de igualdad y reciprocidad entre varones y mujeres, porque el lenguaje —también el teológico— moldea la realidad que habitamos. En esta obra, escrita a tres voces, encontramos primero tres capítulos bíblicos escritos por Mercedes García Bachmann. El capítulo I, “Leer el Antiguo Testamento en clave feminista”, ofrece un panorama de algunos mapas trazados por teólogas biblistas feministas en América Latina, en sus diversas generaciones, corrientes y perspectivas abiertas. El capítulo II, “Para entender el papel de la profetisa Miriam”, explora los capítulos 11 y 12 del Libro de Números con la pregunta sobre la construcción simbólica del castigo —que aparece con frecuencia en casos de mujeres con un fuerte papel protagónico—. El capítulo III, “Los banquetes en Ester”, incursiona en otro libro del Antiguo Testamento, para mostrar cómo

los banquetes pueden funcionar como vehículos del poder patriarcal y ver cuál es el lugar que tienen las mujeres en estas comidas. En los tres casos, la perspectiva feminista se muestra como un acercamiento particular a los escritos bíblicos, tanto desde las autoras que lo practican como en relación con los temas y las figuras de los textos.

Los tres capítulos siguientes, de Virginia R. Azcuy, abren camino desde la teología sistemática. El capítulo IV, “Una respuesta a un signo de estos tiempos”, esboza algunos mapas de teología feminista cristiana, con especial atención a la producción bibliográfica desarrollada en América Latina y Estados Unidos. El capítulo V, “La Iglesia en voces de mujeres”, propone mapas y claves para una eclesiología inclusiva, partiendo del camino inaugurado por el Vaticano II y profundizando a partir de los aportes de diversas autoras. El capítulo VI, “Hablar rectamente de María”, trabaja con mapas y perspectivas de mariología feminista, un campo relativamente frecuente en las teologías hechas por mujeres de diversos contextos. Esta nueva tríada ayuda a visualizar caminos de introducción a la teología feminista y su puesta en práctica en dos tratados principales de la dogmática católica, señalizando la novedad de los planteos.

En la última sección, reencontramos a Nancy E. Bedford, con su creatividad característica, nutrida de imágenes bíblicas. En el capítulo VII, “A la sombra de la palmera de Débora”, la autora explora las implicancias teológicas de las vivencias de las mujeres latinoamericanas y latinas residentes en EE.UU. desde la perspectiva simbólica de “Nepantla”, entendido como espacio simbólico de transformación. El capítulo VIII, “La subjetividad teológica en movimiento”, constituye una reflexión teológica feminista en clave de migración, desde raíces biográficas y preguntas

fundamentales de una fe cristiana encarnada y migrante. El capítulo IX, “De cara al feminicidio”, afronta de lleno uno de los fenómenos que más ponen en evidencia la necesidad de la crítica feminista: el asesinato de mujeres por ser mujeres; se desafía a la antropología teológica a pensar en caminos concretos de resistencia no-violenta y se busca desentrañar la acción de la esperanza.

Más allá de las áreas y los estilos de las tres teólogas, el conjunto de los aportes presentados en este libro está atravesado por la crítica y la reconstrucción teológica feminista. Más acá de las denominaciones religiosas de las autoras, la irrupción histórica de un modo de hacer teología que calificamos como de feminismo cristiano las reúne en esta obra de aperturas prometedoras.

Notas:

- ¹ Esta presentación se inspira parcialmente en tres artículos bio-teológicos escritos por las autoras para la compilación de M. González – C. Schickendantz (eds.), *A mitad del camino. Una generación de teólogas y teólogos argentinos*, Córdoba 2006. Estos textos han sido resumidos y adaptados para presentar este libro desde lo biográfico.
- ² Las Iglesias protestantes llamamos “congregación” a lo que la Iglesia católica llama “parroquia”.
- ³ Isedet es la sigla del Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos, la casa de estudios previa que, contando sus predecesoras, preparó ministros y ministras de diversas iglesias por más de cien años en el Río de la Plata. Funcionó hasta la formación del Instituto Universitario Isedet, que comenzó a funcionar en 2003 —las carreras del Isedet no estaban acreditadas por el Ministerio de Educación.
- ⁴ “*Little Women*”: *Social Location of Female Labor in the Deuteronomistic History*. Director: Wesley J. Fuerst. Lectores/a: Ralph W. Klein, Mark Thomsen y Phyllis A. Bird. Lutheran School of Theology at Chicago, 1999. Publicada como *Women at Work in the Deuteronomistic History*, Society of Biblical Literature, Atlanta 2013. En línea: http://sbl-site.org/publications/Books_IVBS.aspx [consulta: 18.12.15].
- ⁵ Se trata de una de las “madres” de la hermenéutica bíblica feminista. Sobre sus obras, cf. V. R. Azcuy – G. Di Renzo – C. Lértora Mendoza (coord.), *Diccionario de Obras de Autoras. En América Latina, el Caribe y EE.UU.*, Buenos Aires 2007, 46-53, 363-364; A. Pilarski, “Una transversal en el pensamiento de Phyllis Bird. Pasos hacia una hermenéutica bíblica feminista”, en V. R. Azcuy – M. García Bachmann – C. Lértora Mendoza (coord.), *Estudios de Autoras. En América Latina, el Caribe y EE.UU.*, Buenos Aires 2009, 115-133.
- ⁶ Mi amigo y colega, el Pastor Raúl O. Denuncio, hizo la traducción del artículo y mi amiga y colega, Z. Carolina Insfrán actualizó la bibliografía de las autoras estudiadas. También por razones de espacio este artículo ha sido ligeramente reducido.
- ⁷ M. García Bachmann, “Vom Feiern und Fasten im Esterbuch und einige andere ‘kalorienreiche Geschichten’”, en S. Feder – A. Nutt (eds.), *Esters unbekannte Seiten. Theologische Perspektiven auf ein vergessenes biblisches Buch. Festschrift für Marie Theres Wacker zum 60. Geburtstag*, Ostfildern 2012, 73-80; N. Duran, “Having Men for Dinner: Deadly Banquets and Biblical Women”, *Biblical Theology Bulletin: A Journal of Bible and Theology* 35 (2005) 117-124; I. Benítez, “Panes, peces, levadura: Marcos 6:30-45 en contexto narrativo”, trabajo inédito, Instituto Universitario Isedet, 2011.
- ⁸ L. Gera, *Teología argentina del pueblo*. Edición e introducción de V. R. Azcuy, Santiago de Chile 2014.

- ⁹ Se trató de un proyecto de diálogo latinoamericano-alemán sobre temas referidos a la Doctrina Social de la Iglesia, coordinado por Scannone y Hünermann entre 1986 y 1993.
- ¹⁰ Esta reflexión se intensificó durante el trienio 2002-2004, en el cual destaco: V. R. Azcuy, “Pobreza y hermenéutica. Senderos para una reconstrucción de las relaciones sociales”, *Proyecto 44* (2003) 11-32; “Reflexiones abiertas sobre la crisis-país. Pensar pensándonos – aportes teológico/sociales”, en Sociedad Argentina de Teología (ed.), *La crisis argentina: ensayos de interpretación y discernimiento a la luz de la fe*, Buenos Aires 2004, 153-208.
- ¹¹ Cf. H. U. von Balthasar, “Teología y Santidad”, en *Ensayos Teológicos I. Verbum Caro*, Madrid 1964, 235-268; Teresa de Lisieux. *Historia de una misión*, Barcelona³1989.
- ¹² V. R. Azcuy, *Teresa de Lisieux. Ensayo de fenomenología teológica según Hans Urs von Balthasar* (colección Estudios y Documentos de la Facultad de Teología), Buenos Aires 1997, 2t.
- ¹³ Cf. V. R. Azcuy, “La espiritualidad como disciplina teológica. Panorama histórico, consensos y perspectivas actuales”, *Teología 105* (2011) 251-280; “Teologías desde las biografías de las mujeres. Reflexiones sobre el método”, en C. Schickendantz (ed.), *Mujeres, género y sexualidad. Una mirada interdisciplinar*, Córdoba 2003, 193-232.
- ¹⁴ En el portal www.teologanda.org se detalla la información principal del programa: quiénes somos, qué hacemos o las actividades que realizamos, las publicaciones existentes y en curso, así como los medios de contacto y participación.
- ¹⁵ Cf. V. R. Azcuy (coord.), *En la encrucijada del género. Conversaciones entre teología y disciplinas*, Revista *Proyecto 45* (2004) 317pp.
- ¹⁶ El artículo que me sirvió de base, para una nueva presentación, fue publicado como V. R. Azcuy, “El lugar de la teología feminista. Algunas perspectivas para un diálogo en el contexto argentino”, en C. Schickendantz (ed.), *Feminismo, género e instituciones. Cuerpos que importan, discursos que (de) construyen*, Córdoba 2007, 211-236.
- ¹⁷ Cf. V. R. Azcuy – J. C. Caamaño – C. M. Galli (eds.), *La eclesiología del Concilio Vaticano II. Memoria, Reforma y Profecía*, Buenos Aires 2015.
- ¹⁸ En él integro distintos estudios, sobre la base de un capítulo de reciente publicación: “La eclesiología inclusiva del Concilio Vaticano II”, en V. R. Azcuy – J. C. Caamaño – C. M. Galli (eds.), *La eclesiología del Concilio Vaticano II*, 535-555.
- ¹⁹ En este caso, reelaboro dos artículos publicados originalmente como “Reencontrar a María como modelo”, *EphMar 54* (2004) 69-92 y “María en diversas voces de la teología latinoamericana”, *EphMar LXII* (2012) 373-402.

- ²⁰ Cf. M. Eckholt, “La cuestión de las mujeres como signo permanente de los tiempos. Legado y misión del Concilio Vaticano II”, en V. R. Azcuy – N. E. Bedford – M. Palacio (coord.), *Mujeres haciendo teologías. Hitos y cruces del camino*, Revista *Proyecto* 63-64 (2013) 11-28.
- ²¹ Sobre la teología de Moltmann pueden verse mis trabajos “Pasión y creatividad por el reino de Dios. La teología de Jürgen Moltmann”, en V. R. Azcuy (coord.), *Semillas del Siglo XX 2*, Revista *Proyecto* 14 (2002) 83-104 y “‘God’s power is God’s goodness’: Some Notes on the Sovereignty of God in Jürgen Moltmann’s Theology” and “Reaction”, en D. Stephen Long (ed.), *The Sovereignty of God Debate*, Eugene, OR 2009, 97-110 y 164-171.
- ²² Entre los bautistas hay dos principales vertientes teológicas: la mayoritaria, de corte reformado, y la minoritaria, identificada con la reforma radical y cercana a la visión menonita. Me identifico con la segunda. Actualmente pertenezco a una comunidad menonita.
- ²³ El Foro fue un espacio de reflexión sobre la teoría y la teología feminista que existió en diversas versiones en Isedet a partir de mediados de la década de 1990, construyendo sobre un espacio anterior que se había llamado “Cátedra de la Mujer”.
- ²⁴ Las teorías feministas son mediaciones socio-analíticas de diversa índole (filosófica, sociológica, psicológica, histórica, jurídica) que buscan esclarecer la realidad de las mujeres y aportar a su florecimiento. La teología feminista (tal como la entiendo) intenta desmenuzar las implicancias de la fe en Dios desde el seguimiento de Jesús por el Espíritu, desde la convicción de que el evangelio realmente es una buena noticia, y que Dios desea la vida abundante para toda la creación.
- ²⁵ “La espiritualidad cristiana desde una perspectiva de género”, *Cuadernos de Teología* 19 (2000) 105-125.
- ²⁶ El primer libro producido desde ese espacio fue N. Bedford – M. García Bachmann – M. Strizzi (eds.), *Puntos de Encuentro*, Buenos Aires 2005.
- ²⁷ Rosemary Radford Ruether, teóloga católica estadounidense, es una de las “madres” de la teología feminista en el ámbito de habla inglesa. Ha escrito decenas de libros, interesándose sobre todo por la justicia social y ecológica.
- ²⁸ Cf. N. E. Bedford, “To Speak of God from More than One Place: Theological Reflections from the Experience of Migration”, en I. Petrella (ed.), *Latin American Liberation Theologians: The Next Generation*, Maryknoll 2005, 95-118.
- ²⁹ Por ejemplo, “Unfinished Choreographies: Divinization as a Theme and a Challenge”, *Perspectives in Religious Studies* 41.2 (2014) 171-181 y “With Love, Hope is Reborn. With Hope, Love is Reborn”, en I. Dalfert – M. Bloch (eds.), *Hope. Claremont Studies in the Philosophy of Religion, Conference 2014*, Tübingen 2016.